



El hombre es el mensaje

Aunque se trasmite por cacerolas

La politización de la cacerola no es un hecho aislado ni aparece sólo en la constelación de las nuevas maneras protestarias.

Hay toda una filosofía de la exteriorización incontenible que ha comenzado a entretejer los nuevos con los viejos símbolos. "Para que me oigas mejor", parece ser el motivo, en esa especie de revés del cuento, en que Caperucita habla al lobo, y que toma de la publicidad consumista, modos y maneras para trasladarlos al reclamo social, filosóficos o político.

Todo empezó en Vietnam

La primera noticia que conservo se hunde en aquel tiempo de la guerra de Vietnam. En Vietnam se moría (me refiero al punto de vista occidental), pero sobre todo se desfoliaba y se mataba. Se desfoliaba: es decir, se arrojaban específicos parecidos a los de uso agrícola contra malezas, para hacer caer todas las hojas de la selva y poder ametrallar fácilmente a los vietnamitas escondidos. Y se mataba.

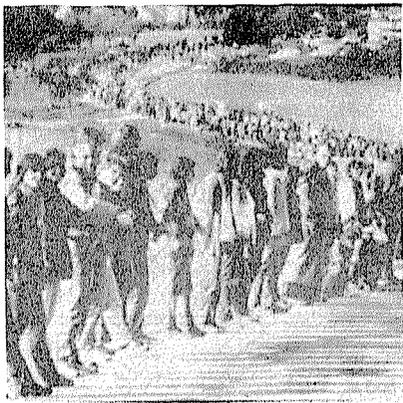
Hay que decirlo ahora porque en aquellos tiempos tan cercanos que parecen tan lejanos —cuan grande fue el deseo de olvidarlos que ya están lejanos— desfoliar era todavía más grave que matar. Simplemente porque matar era viejo y desfoliar, como el napalm, era nuevo.

Matar era como la cola resignada y oscura de la cometa luminosa que se llama guerra y que se hacía —todavía y desde siempre— con charangas al aire y con banderas y estandartes de color llamativo. (Y ahora se reproduce en plástico, en la escala exacta de 1/32, para que jueguen los pequeños). Morir es lo grave. No matar. En la palabra "matar" la muerte tiene mango y el que muere es enemigo. La muerte del enemigo es menos muerte, como que se trasmuta en vida propia. Y porque, ya se sabe, el enemigo no es persona, como decían Max Scheller y los nazis.

Y como nosotros, el resto de los hombres, que no lo decimos pero que lo sentimos un poco allá en el fondo en penumbra —tal vez por eso un poco tenebroso— de nuestras almas. O mejor: no nosotros, pero sí el nazi chiquitito que "durmiendo y volando" como decía Neruda de la golondrina que hay en tus ojos, habita en el fondo de cada ser humano, en esta incompleta, luminosa y en algunos ratos sórdida etapa presente de nuestra evolución hacia los ángeles.

Max Scheller, por entonces, estaba muerto, y además no integraba el cuerpo expedicionario, así que la frase no fue suya. Pero alguien observó, con toda evidencia, que el único vietnamita bueno era el vietnamita muerto. Y se entregó a la tarea de hacerlos buenos, facilitada porque los vietnamitas eran amarillos y la gente, no, que tanto simplificaba el tiro.

Esto no era muy trágico. Al fin, era muy claro que los vietnamitas estaban dispuestos a morir, de modo que era una resolución tomada por ellos. Lo terrible era el uso de los defoliantes. Primero porque era nuevo y, en el fondo, toda novedad es verdaderamente terrible. Y segundo, porque en la medida en que se parecen a los insecticidas y a los específicos para la sanidad de los cultivos, ahora aplicados a la aniquilación de los seres humanos, suponían algo como la hormiguización de los hombres.



De la mano por la paz.



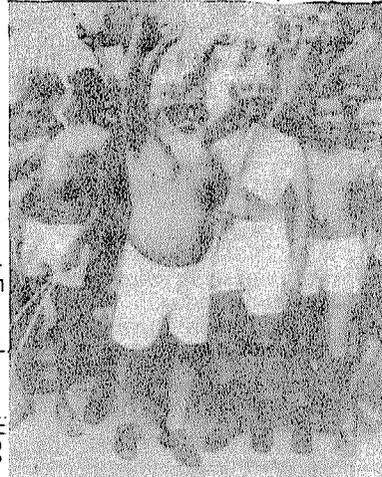
Haciéndose los muertos en Hiroshima.



El desnudo como protesta.



Protesta de bailarinas.



reclamando uniformes.

Senos al aire

Hasta aquella guerra de Vietnam, los países habían tenido la costumbre de desplegar las banderas al aire y también las campanas. Por Vietnam, comenzó lo de echar al aire los senos femeninos.

Cuando una nueva generación se crispó negándose a poner la firma moral debajo de aquella guerra insoportable, empezaron las grandes manifestaciones protestatarias.

Un día —también nos marcó para siempre, como antes la guerra de España— la prensa nos advirtió que eran 200.000 los muchachos que habían desfilado, grandes avenidas de Washington hacia arriba, por delante de la Casa Blanca, por delante del Capitolio, por delante de la idea que los norteamericanos tenían de sí mismos, denunciando los genocidios y los forestacidios. Y reclamando que no los mandaran más a matar a nadie en parte alguna. Pedían la paz para nosotros y para nuestros adversarios. La paz para los hombres de buena voluntad y también para los de voluntad comunista.

Cuando un país ha inscripto a la Nación en la organización de los boy-scouts, como es el caso de los EE.UU., aquello era terrible. Particularmente por un hecho: las muchachas de aquel desfile desfilaban con los senos al aire. Todos los senos: los infantiles, los grandes, los tipo Mae West, los de conejita "Playboy", los esmirriados y los túrgidos, los con forma de cuerno de caza, los periformes, los blancos y los negros.

Pero no como en los pornofilmes, ni como los "topless" de balneario ni como los streap-tease. No: aquel desnudamiento de senos era distinto. Creo que fue el gran poeta Novalis el que observó que el seno es la simple glándula mamaria pero transportada al terreno ético.

Los senos al aire de aquella manifestación eran la protesta de la especie a través de lo femenino sagrado y eterno contra la matanza y la muerte.

Eran como el seno de la Virgen María en las tablas medievales, sacado a pedido del Arcángel Miguel, para interceder ante Dios hijo un día amamantado por ella, y conoverlo de modo que perdonara a las almas en el juicio.

Siguen variantes

Ha pasado mucho tiempo de aquello. Pasó ya de moda, desde aquel día, lo de manifestar con carteles. En estos meses hemos catalogado algunas de las modas y maneras de la manifestación y la protesta, que van desde aquellos pechos de mujer hasta estas cacerolas actuales, donde retumba la voluntad del pueblo.

Hemos visto así a funcionarios de Nueva Delhi protestar, pidiendo mejores uniformes, y para ello desfilando en calzoncillos por las avenidas de la capital de la India.

Hemos visto a las estudiantes de la Escuela de Danza de Río de Janeiro desfilando con pasos de baile, y pasar bailando frente al Palacio de Guanabara, en procura de un mejor presupuesto y locales de enseñanza.

Hemos visto a japoneses manifestar en las calles de Hiroshima, en cada aniversario de la bomba, tirándose al suelo como si estuvieran muertos.

Hemos visto a nudistas, paseando con una sombrilla como único ropaje, en España, pidiendo se legalice el nudismo.

Hemos visto a millares y millares de alemanes occidentales manifestar contra el armamento atómico, forjando cadenas humanas —"people chain"— de kilómetros y kilómetros entre Stuttgart y Neu-Ulm; entre tal base militar y tal otra, entre tal y cual Embajada o cuartel general.

Hemos visto mujeres desfilando encadenadas y encadenadas ser llevadas presas en Gran Bretaña.

Hemos visto, por fin, a chilenos morir, con la cacerola en la mano, golpeándolas y retumbándolas en demanda de democracia contra Pinochet.

Hasta que han llegado las cacerolas a Uruguay.

Mensaje

La presente nota no intenta ni remotamente ser una nota original. Intenta simplemente hacer que todos coincidamos en una reflexión. La del título.

Los que inventaron la publicidad (o los que como el canadiense Marshall MacLuhan le pusieron, teorificantes, el mango) sostienen que el mensaje es el medio.

Puede ser que ello ocurra con la televisión.

Con los senos femeninos como con las cacerolas, no. Por supuesto que ambos —senos y cacerolas— valen por sí mismos. Más tal vez que la entera electrónica de la que la televisión es parte solo.

Pero no son mensaje. Son medio, sólo medio. A través de ellos, el mensaje sigue siendo el ser humano.

El hombre y la mujer con su insaciable avidez de paz, de libertad, de dignidad.



Manuel Flores Mora

